

UNO | MAS | UNO

...Y en Navidad, el ejército le llevó las manos de su hija

► Sereno relato de una madre argentina

► En una iglesia, ayuno y reflexión

Fue en Avellaneda, la noche de Navidad de 1975, cuando los militares argentinos le llevaron una botella rotulada con el número 24: en el alcohol, las manos de su hija.

Y le pidieron:

"Señorã, firme este documento, donde consta que su hija murió en un enfrentamiento con el ejército".

La mujer se negó; sabía que las cosas ocurrieron de otra manera: la muchacha fue secuestrada, fusilada y enterrada en la fosa común del cementerio municipal.

Y no sólo se negó a firmar el documento, sino que entabló juicio contra el ejército por homicidio.

Pagó un precio. Muy alto: dos años más tarde, habían sido asesinados su esposo, el yerno, la hermana de la nuera y su esposo.

Y luego, desaparecieron otra de sus hijas y el marido de ésta. Ello, hace un año. Hasta ahora, se ignora si viven o han muerto.

La madre argentina, de edad madura, serena ya, relata su historia dentro de la iglesia de San Cosme y San Damián donde, junto con otros compatriotas, participa en la Jornada de Ayuno.

Serena ya, a fuerza de golpes. Aquel diciembre del 75, un comando del Ejército Revolucionario del Pueblo intentó ocupar la

base militar de Avellaneda, pero la tropa estaba ya apercebida. Algún "chivatazo". La guerrilla fue exterminada y luego sucedió lo que entró a la historia como "la matanza de Monte Chingolo": los soldados cercaron una "villa miseria", llegaron los helicópteros artillados y a una señal se abrió fuego.

Ciento cincuenta hombres, mujeres y niños murieron esa noche allí.

Y luego, otras diez mujeres y muchachas —entre ellas, la hija de la que relata— fueron secuestradas, fusiladas y los cadáveres, mutilados para "fines de identificación".

Y la madre argentina —cuyo nombre se omite por razones elementales de seguridad— recuerda el nombre del general —oficialmente, director del operativo; históricamente, autor de la matanza—, responsable:

Albano Harguindeguy.

General de entorchados, cintas y medallas. General de fuego y sangre. General de secuestros y fusilamientos. General de manos mutiladas de muchachas. Victorioso general de matanzas contra su propio pueblo.

Y la madre relata una historia, y cada uno de los argentinos que ayunan en el templo tienen otras narraciones que hacer: las torturas y las cárceles clandestinas y los cadáveres dinamitados y los fusilamientos y las botas lustradas de la Guardia de Infantería de la Policía Federal y el frío y el hambre.

Porque en 25 meses son ocho mil argentinos asesinados, 25 mil desaparecidos, medio millón de exiliados, 49 campos de concentración...

Y a todo esto, la junta militar opone el Mundial de Fútbol.

Y por ello los argentinos ayunan ahora en una iglesia mexicana.

Para que el grito de "gol" no sea más fuerte que el grito de "justicia".

Y para que ninguna madre vuelva a recibir en la noche de Navidad las manos de su hija en un frasco de alcohol.



Los argentinos ayunan — desde el 25 del actual, su efemérides nacional — en la iglesia de San Cosme y San Damián. Y a ratos dominan su pena, cantan y bailan.